

LA NOCHE SIN LUNA DE MATÍAS ROSALES

Por Claudia Bernazza

Una siesta de mucho calor, trabajando yo como siempre en la biblioteca de la Sociedad de Fomento "Vecinos Unidos", don Rosales entró con ganas de charlar y de fumar con alguien.

Como yo no tenía nada que hacer y es un hombre de conversación agradable, me acomodé para escucharlo. El señor Rosales se entusiasmó al observar mi atención y me refirió esta historia con lujo de detalles.

Una noche de tantas, en las que los viejos amigos del pueblo se reunían a matar el tiempo en el boliche de Walterio Antúnez, participó como de costumbre en el truco que se armó, y, como de costumbre, pensando en ganar. Ofreció su mazo, respetado por ser garantía de juego limpio, y se dejó llevar, confiado en sus mañas, por el fragor de las apuestas.

Pero aquella noche, algo sucedía. Era injusto, levantaba las cartas y siempre eran negras. La casualidad es más asombrosa que los milagros, pensó. Pero no podía decírselo a sus compañeros de juego. Una, por ganar una apuesta un poco subida de tono, y otra por probar, en cada nueva mano, si la estupidez increíble de sotas, caballos y reyes se repetía.

Como todos eran de tranco largo, don Matías Rosales se olvidó de la hora y de sus ahorros y jugó todas las veces que lo invitaron.

El rey está furioso. Sus lacayos le han contado esta mañana la noticia que hace temblar las mismísimas bases de su reino. Su hija Claribel, única heredera de su trono y poderío, ha escapado al amanecer de su dormitorio, disfrazada de paje. Y todo sucede una semana antes de los desposorios que se celebrarán con el príncipe de una casa real vecina, familia de amistad esquiva, pero que será férrea aliada gracias al casamiento de su hijo con la hermosísima Claribel. Astucias del rey, que termina así con viejas rencillas, cambiando la historia de la comarca para siempre. Los dos jóvenes sellarán, con su matrimonio, un tratado de paz conveniente y duradero.

Pero su hija le hace esto. Ha pasado frente a sus narices -ahora está seguro de haber visto aquella mañana a un nervioso paje camino a las caballerizas- y él ni siquiera lo ha notado.

Como es un rey convencido de que los gritos aumentan su poder, comienza a dar órdenes en altísima voz, sin ton ni son, incluso unas contradiciendo a otras. Finalmente, logra la formación de un ejército de caballería que comienza a rastrillar el reino.

En una mano, Matías Rosales recibe tres caballos en pose idéntica, con jinetes de ceño fruncido. Una línea de ejército de caballería, podría decirse.

En la siguiente ronda, una sota asustadiza y dorada se esconde detrás del caballo de espadas. Esos dos siempre le venían juntos, esta vez acompañados por el Rey de Copas.

En el bosque, Claribel huye con su amado Pedro, guerrero hábil con la espada y el caballo, suave y tierno con la princesa, con ausencia evidente de sangre azul en las venas. A la falta de títulos heráldicos Pedro le opone la velocidad de su corcel, con el que escapa con su amada a través de la espesura, una noche de novilunio.

Le promete estrellas, soles tibios, lecho nupcial de hierbas perfumadas, a cuenta de los castillos y la nobleza que no puede ofrecerle.

Claribel escucha fascinada, pero el rumor de cascos cada vez más cercano la trae bruscamente a la realidad. Le pide a Pedro urgentes soluciones para llegar vivos a la dulzura prometida. A Pedro no se le ocurre nada, pero cuando los soldados están peligrosamente cerca de los amantes, aparece en el bosque el mago de la corte, con su copa de infinitos poderes. Para sorpresa de Claribel, que nunca había dado demasiada importancia al anciano de magias dudosas. Les hace beber el brebaje que todo lo puede y todo lo cambia, según sus propias palabras. Este brebaje, les dice, les dará una nueva vida. Tu padre, Claribel, no sabrá nunca de mi colaboración, porque he traicionado sus órdenes en favor de mis convicciones.

Después de muchas manos, y cuando ya los demás jugadores comenzaban a sospechar que algún extraño suceso le hacía jugar a don Matías sólo sotas, caballos y reyes, ocurrió lo inesperado. Vinieron la sota de oros y el caballo de espadas, acompañados esta vez

¡finalmente! por un as de oro indiferente al milagro que protagonizaba. En años de mesas de truco, don Rosales jamás consideró importante recibir un ancho falso, pero esa noche era diferente. Todo era diferente.

A partir de aquella mano histórica, así la recuerda el hombre, los naipes comenzaron a venirle normalmente. Hasta podría decirse que, a partir de allí, a don Rosales lo acompañó la suerte. Comenzó a ganar todas las partidas, y vaya a saber si por la alegría que esto le producía o por el vino que le chispeaba en el cuerpo, desistió de contar sus elucubraciones por temor a que lo creyeran borracho y porque además nadie le encontraría sentido al misterio.

Pero para acceder a esta nueva vida, continúa diciéndoles el mago, deben renunciar a la pasada. El hechizo llegará a su fin -y mientras les dice esto los mira profundamente- dentro de centurias, de manos de un plebeyo que segará nuestras vidas a través de una humilde fogata callejera. Entonces todos nos volveremos a reunir, y quizás podamos regalarnos una historia menos dolorosa que ésta por la sabiduría que nos dará el sufrimiento, la soledad o el paso de los años. Aunque Claribel y Pedro poco comprenden, se olvidan de las palabras del brujo real envueltos como se ven, de pronto, por los rayos de un sol inmenso y sobrenatural. Los amantes contemplan maravillados y sin poder articular palabra un amanecer majestuoso. Los soldados, el bosque, las miradas furtivas, los mensajes secretos, las citas improbables, son sólo un triste recuerdo. El sol los guía durante su travesía por la vida, donde dicha y desdicha se entrelazan en equilibrada armonía. No vuelven a tener noticias del viejo rey, lo que crea algún sentimiento de culpa en Claribel, hija amantísima de su padre y temerosa de sus designios. Los hijos la ayudan a calmar ansiedades, y es una esposa feliz.

Don Rosales me cuenta que aquella misteriosa noche, aunque no cree en brujerías, se sintió desolado y temeroso. Al salir del boliche sintió lástima de sí mismo por no tener a nadie con quien compartir una sensación de marioneta ritual.

Como era dueño del mazo, llevaba las barajas en el bolsillo interior del saco, y eso lo intranquilizaba. Decidió, en una esquina usada para dejar basura, mezclar los naipes con

papeles viejos y prenderles fuego. La noche fue absorbiendo livianas cenizas blancas que se levantaban con la humareda. Hasta le pareció ver en ellas minúsculas siluetas aladas, pero a esa altura ya estaba muy dormido y muy bebido, por lo que atribuyó a su embriagado cansancio la visión de figuras que se desprendían del papel.

No se fue hasta no ver apagado el fuego.

Muchos años después me refirió a mí la historia de aquella noche sin luna.

Por la misma época, cuando se apoderaba de mi ánimo un aburrimiento de bibliotecario de pueblo, hojeaba los libros más antiguos apilados en estantes olvidados. En una cuidada edición del siglo pasado que se dedicaba a relatar el origen de los juegos peninsulares, encontré la historia del nacimiento de la baraja española.

Entonces recordé la afición de Rosales por las cartas, y por tener un tema de conversación para cuando él viniese, me puse a leer. Un entristecido rey que había perdido a su hija en un confuso episodio a fines de la Edad Media, dedicó los últimos años de su vida a armar un juego que le permitiera pasar sus horas de ocio sin incómodos recuerdos. Con pliegos de papel y dibujos casi infantiles, logró su cometido. Este entretenimiento poblaba el tiempo libre que le dejaban las continuas guerras con una casa real vecina que lo atormentaron hasta su muerte. Así nació la baraja, que desconoce la figura femenina: aquel rey se obligó a sí mismo a no representar a ninguna mujer que le recordara a Claribel, su hija.

Un mago de la corte, explicaba el libro, una suerte de Merlín de pobres aciertos, le vaticinó al rey que el espíritu de su hija y el de su amante habitarían el juego eternamente. Juego que se haría popular entre la gente sencilla, como castigo al despotismo del rey que no contempló el deseo de su hija de casarse con un plebeyo.

Para disgusto del soberano, el mago también profetizó la repetición, durante siglos, de la historia. Esto sucedería en ignotas mesas de juego pueblerinas y en noches sin luna, cuando el dueño de los naipes fuera, como el amante de su hija, un ser solitario y necesitado de amor.

Sólo la irrupción del fuego en la historia, uno de los cuatro elementos de la Vida, podía rescatar al rey de semejante condena.

El monarca terminó sus días envuelto en una locura senil de la que ya no despertó.

Por alguna razón, decidí no contarle a don Rosales lo que había leído. Cosas del juego y las barajas. No tienen importancia.

Hudson, 1991.